

La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual

León Guillermo GUTIÉRREZ
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres,
caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas,
forman imprevistas parejas...

Xavier Villaurrutia

RESUMEN

En este trabajo la homosexualidad está referida únicamente a la masculina. Con la aparición de *El diario de José Toledo*, en 1964, de Miguel Barbachano Ponce, se inaugura el tema homosexual en la novela mexicana. A partir de esa fecha, en los años restantes del siglo XX, le sucederán una veintena de novelas de la misma temática.

La ciudad de México es otra ciudad para el homosexual que busca lugares para sus encuentros. Estos espacios son el *ghetto* de los marginados. Los homosexuales han vivido en un submundo, en una ciudad alterna, bajo las sombras de la noche propiciatoria; recorren calles, se apuestan en las esquinas, en las bancas de las plazas y jardines, se ocultan en la oscuridad de los cines, de los clubes prohibidos, y muestran su desnudez en los baños de vapor.

El cuerpo del homosexual tiene un lenguaje corporal diferente, el intercambio de miradas es suficiente, es la contraseña segura e inequívoca. Aunque la inmensa mayoría pasa desapercibida, una pequeña insinuación de un ademán lo delata, un gesto basta. En ocasiones el homosexual hace alarde de una gestualidad masculina exacerbada como parte del ritual del cortejo y del ocultamiento del verdadero deseo.

En este trabajo se pretende constatar que la novela homosexual contiene una amplitud de registros de una forma de vida que sólo es posible dentro de este marco y que se ha servido de la ciudad para representar una idea totalizadora de una realidad en que cuerpo y urbe mutuamente se habitan, se fusionan. Son autores y cómplices de una escritura simultánea y única.

Palabras claves: novela, México, homosexualidad

City and Body in Mexican Novels on Homosexual Themes

ABSTRACT

This essay refers only to male homosexuality. The homosexual novel first came to light in Mexico in 1964, with the publication of Miguel Barbachano Ponce's *El diario de José Toledo*. Since then and until the end of the century, some twenty novels on the subject were published.

Mexico City is a different environment for homosexuals looking for meeting places. These are ghettos for the marginalized. Homosexuals have lived in an underworld, an alternative city covered by the protective shroud of darkness. They ramble around, stand on street corners, sit on park benches, hide in the darkness of movie theaters and forbidden clubs and show their bodies in steam baths.

The homosexual's body language is different –it is enough to gaze at each other, as if exchanging the right password. Although most go unnoticed, the slightest insinuation of a gesture betrays him, any movement suffices. Sometimes homosexuals display ultra-masculine manners as part and parcel of courtship rituals, hiding real desires.

This essay seeks to prove how wide the range of the homosexual novel is in recording a way of life which can only exist within such framework and which has used the city to embody an all-embracing idea of a certain reality where body and place fuse and inhabit each other. They are both authors and accomplices in a unique, simultaneous writing process.

Key words: novel, Mexico, homosexuality

Nací en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva España. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto pueden hacer su panegírico más creíble, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede a veces disfrazar los defectos, o poner en grande las ventajas de la patria aun a los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 a 73. (Fernández de Lizardi, 12).

Con estas palabras inicia Pedro Sarniento la historia de su vida. No sólo el *Periquillo Sarniento* nació en la ciudad de México, el acta de nacimiento de la novela mexicana se encuentra también en la gran urbe. Sus calles, casonas, vecindades, barrios, plazas, iglesias y edificios, vistos desde las sombras de la noche o bajo la luz quemante del mediodía, no son simple escenografía, actúan como elementos protagónicos indispensables.

Desde el siglo XIX los novelistas mexicanos presentaron las ciudades como una imagen y semejanza de sus habitantes. Estas ciudades ficcionadas son un organismo vivo con arterias, corazón, pulmones, vías de secreciones; siempre prontas a la infección, al malestar, al mismo tiempo que a la alegría, al bullicio y a la festividad. Pero ninguna ciudad es la misma; como el mundo de Protágoras, la ciudad está hecha a la medida de quien la vive, y quien vive la ciudad la está inventando.

La ciudad de México a través de la novela ha tenido un registro de sus transformaciones humanas, sociales, arquitectónicas. En la novela se van incorporando los habitantes de cada época; los cambios culturales, políticos, económicos. También registra las nuevas formas de convivencia. La ciudad en la novela mexicana la hemos visto con los ojos de niños, adultos, ancianos, mujeres, hombres, delincuentes, prostitutas, obreros, taxistas, soldaderas, poetas. La misma ciudad ha traspasado de un tiempo romántico al costumbrismo, del realismo al naturalismo. De ser masi-

ficada con la Revolución, ha pasado a ser íntima e interior y también tremendamente deshumanizada e individualista.

En el estudio de la novela mexicana el cuerpo no ha sido tomado en cuenta. No podemos dejar pasar por alto que los personajes representados viven, sienten y piensan por la simple razón de que habitan un cuerpo. Este cuerpo ha sido reflejado conforme a cada una de las etapas de la evolución de la novelística mexicana. En el romanticismo lo vemos como un cuerpo enfermo, siempre con la piel pálida y la expresión lánguida, propenso a la muerte súbita y al suicidio. Con el realismo recupera su vitalidad para finalmente ser diseccionado en el naturalismo, donde se convierte en objeto de laboratorio detrás de la lupa científica del escritor. La Revolución lo masifica, pierde su identidad personal, se convierte en batallón, regimiento, en un uniforme más, es parte de la “bola”.

A partir de la segunda mitad del siglo XX el cuerpo adquiere autonomía, movilidad, elimina su rigidez. Los años sesenta reciben el impacto de la sensualidad y vitalidad de la juventud que se moviliza, se manifiesta, se presenta ante el mundo con aire nuevo, fresco e irreverente. Las piernas femeninas se descubren y la voluptuosidad de los senos se dibuja en las entalladas blusas. Los hombres dejan ver la silueta de glúteos, piernas y genitales en untados pantalones de mezclilla. Los jóvenes se reúnen en conciertos musicales y ante la vista del mundo muestran sus cuerpos desnudos. Paz y amor es la consigna, pero ese amor no está exento de la libertad sexual. La monolítica institución del matrimonio los jóvenes la sustituyen por la unión libre. El cuerpo de los jóvenes llena el mundo con sus manifestaciones políticas. En México, en la novela producida a raíz del movimiento estudiantil, el cuerpo adquiere una importancia nunca antes vista. El cuerpo corre, camina, se agrupa, se agita; cobra voz en consignas, gritos y canciones. También es un cuerpo herido, perseguido, mutilado, baleado, atravesado con bayonetas. Se convierte en un cuerpo sangrado, vejado, prisionero, vilmente asesinado, masacrado e inconcebiblemente desaparecido, como ejemplos tenemos los personajes de las novelas *Los días y los años* (1971) de Luis González de Alba, *Los símbolos transparentes* (1978) de Gonzalo Martré, *Las rojas son las carreteras* (1976) de David Martín del Campo, *Que la carne es hierba* (1982) de Marco Antonio Campos, *Al cielo por asalto* (1979) de Agustín Ramos y *Regina* (1987) de Antonio Velasco Piña, entre otras.

Es bastante amplia la lista de novelas mexicanas en que la ciudad de México es escenario y protagonista. Numerosos escritores han dado cuenta de ella desde una perspectiva y estilística diferentes. El cuerpo, como parte indisoluble de las voces narrativas de la novelística, ha ido ganando terreno al igual que los cambios de una sociedad que cada día es obligada a la tolerancia, así como al reconocimiento y respeto a las diferentes manifestaciones y expresiones de la diversidad que integra y conforma el rostro múltiple de la ciudad de México, entre ellas la población homosexual. La aprobación de la *Ley de Sociedad de Convivencia* en el Distrito Federal y el Estado de Coahuila da cuenta de ello. Los medios de comunicación han sido elemento fundamental, como es el caso de la televisión y la prensa escrita, ya que al difundir noticias sobre el tema la sociedad lo reconoce. También ha colaborado la proliferación de películas de temática abiertamente homosexual (algunas con am-

plio reconocimiento internacional), así como diversos personajes en las telenovelas mexicanas.

En este trabajo la homosexualidad está referida únicamente a su expresión masculina. Con la aparición de *El diario de José Toledo*, en 1964, de Miguel Barbachano Ponce, se inaugura el tema homosexual en la novela mexicana. A partir de esa fecha, en los años restantes del siglo XX, le sucederán una veintena de novelas de la misma temática. Realmente pocas, si consideramos el número de novelas publicadas en el país durante esos treinta y seis años. La razón salta por su obviedad: la homosexualidad dentro del contexto cultural religioso de un país eminentemente católico es simplemente un tema tabú. Los hombres condicionados a una orientación sexual diferente de la aceptada por la cultura a través de los poderes político, económico y religioso (éstos dos últimos se ven representados en los partidos políticos de derecha) han sido llevados a vivir, muchas de las veces, en la clandestinidad absoluta. La intervención de estos poderes ha sido decisiva para que los homosexuales sean impulsados a transitar y buscar espacios ocultos a los ojos delatores y condenatorios.

José Toledo, el protagonista de la novela de Barbachano Ponce, dice: “Algo me ahogaba en el pecho, tenía ganas de gritar lo que sufría, pero, ¿en quién iba a refugiarme? No tengo confianza en nadie, por eso opté por subirme a la azotea a sofocar lo que tanto me martirizaba” (81). Palabras que nos hacen recordar los versos de Carlos Pellicer:

Este amor que ascendimos y doblamos
para ocultar lo oculto que ocultamos. (13)

Anteriormente quienes mostraban públicamente esta diferencia eran objeto de mofas, insultos, chantajes, humillaciones y muchas veces de golpizas brutales. El homosexual nacido en la provincia no tenía otra alternativa que huir a la gran urbe, de suerte que la ciudad de México es también otra ciudad para el homosexual que busca lugares para sus encuentros. Estos espacios son el *ghetto* de los marginados. Los homosexuales han vivido en un submundo, en una ciudad alterna, bajo las sombras de la noche propiciatoria; recorren calles, se apuestan en las esquinas, en las bancas de las plazas y jardines, se ocultan en la oscuridad de los cines, de los clubes prohibidos y muestran su desnudez en los baños de vapor. Las ciudades son habitadas por los cuerpos que las inventan.

Adonis García, el protagonista de *El vampiro de la colonia Roma*, narra:

ahora sí que la calle era mi casa generalmente mis sitios de espera eran el sanborns del ángel el de aguascalientes el de niza a veces el del centro médico o el de san ángel porque ya ves que los sanborns tienen un atractivo irresistible para los gays o si no ¿sabes qué? me paraba en la esquina mágica ya sabes cuál es ¿no? la de insurgentes y baja california por ahí donde está el cine de las américas. (Zapata, 111)

El cuerpo del personaje homosexual tiene un lenguaje corporal diferente, el intercambio de miradas es suficiente, es la contraseña segura e inequívoca. Aunque la inmensa mayoría pasa desapercibida, una pequeña insinuación de un ademán lo delata, un gesto basta. En ocasiones el homosexual hace alarde de una gestualidad masculina exacerbada como parte del ritual del cortejo y del ocultamiento del verdadero deseo.

Con la aparición del Sida, la sociedad y el aparato gubernamental se ven impelidos al reconocimiento público de la existencia de la homosexualidad y por ende de quienes la viven. De esta manera la homosexualidad, de ser un tema tabú, se convierte en asunto público. Los medios de comunicación se ocupan ampliamente de la materia. También aparece un nuevo término que sustituye a los peyorativos: joto, invertido, marica, mariposón, puto, loca, carga sandías, lilo, puñal, quebrado, cacha granizo, tú las traes, por el de *gay*. A partir de la década de los ochenta el rostro del homosexual es otro, deja de ser el estereotipo vendido por la industria cinematográfica, en que es presentado como el mesero, peluquero, mozo o maquillista afeminado de voz y gesticulaciones grotescas. Los medios dan cuenta de personajes famosos infectados por el virus. La sociedad toma conciencia y se da cuenta de que la homosexualidad habita en la propia familia en la persona del padre, del hijo, primo, tío, sobrino. Las marchas anuales convocadas por la comunidad gay propiciaron que muchas familias salieran en apoyo de sus hijos. En las novelas cuya argumentación no contemplan estos movimientos, la discriminación y la falta de aceptación, respeto y tolerancia llevan a los personajes homosexuales a vivir en una ciudad íntima y sólo reconocible por ellos mismos, donde su expresión corporal es bandera y escudo de un ejercicio sexual que se desenvuelve en la sórdida clandestinidad.

¿Qué es *la sordidez*, aquello alejado de las luces de la respetabilidad, lo que impulsa al contacto íntimo con desconocidos, a la aventura riesgosa, a la inminencia del chantaje y el arresto, a las turbias recompensas de la adrenalina, al abandono por unas horas de la personalidad de todos los días, a la conciencia torturada que ve en el castigo su idea fija mezclada indisolublemente con la recompensa? (Monsiváis, 112)

En 1996 aparece, hasta ahora único, el libro que recoge una amplia selección de cuentos de temática homosexual. En *De amores marginales*, Mario Muñoz, el compilador, escribe un prólogo que a la vez se puede decir es un ensayo en el que pasa breve revista a la cultura y literatura gay. Al inicio escribe:

Tema prohibido y polémico, si lo hay, la homosexualidad como asunto literario ha ingresado lentamente a la literatura mexicana, que por sus prejuicios inconfesados había soslayado esta realidad como si con este desplante la omitiera. (9)

Al año siguiente Luis Mario Schneider publica *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. El breve ensayo dedicado al tema que nos concierne hace las veces de reseña y catálogo de las cerca de veinte novelas de corte homosexual. Tiene el valor de ser, hasta ese momento, el único registro minucioso

de novelas y algunos autores prácticamente desconocidos. Faltando escasos tres años para que concluya el siglo XX, Schneider, el imprescindible investigador de la literatura mexicana, escribe:

Apunté que la literatura homosexual en México tiene tradición pero que nunca como en estos años había aparecido un buen número de obras sobre el tema. Ello se debe fundamentalmente a que en cierta forma la sociedad acepta, comprende o es menos violenta frente a una concepción de vida que antes era tabú. (70-71)

No comparto la idea de Schneider en cuanto a la tradición de la literatura homosexual en México, ya que no se puede hablar de “tradición” cuando nos referimos a la publicación de una veintena de novelas de esta temática en un periodo de 40 años. No sólo eso, hasta ahora sólo una de ellas ha acaparado la atención del público, me refiero a *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata y publicada en 1979. Independientemente del tema, algunas de estas novelas han carecido de un verdadero valor estético que las posicionen por encima de prejuicios fútiles. Si he reiterado la escasez de una verdadera novelística homosexual en México y la casi nula difusión de las que se han escrito, ha sido más cruel el desinterés de estudiosos y críticos de nuestra literatura, que han puesto en práctica la conducta de una sociedad colmada de atavismos al hacerlas invisibles y no ocuparse de ellas. Hasta ahora, a más de cuarenta años de la aparición de la considerada primera novela de temática homosexual, en nuestro país el estudio académico sobre esta literatura es mínimo, mientras que en otros países es una constante de exploración, análisis e investigación desde hace tiempo.

La novela de tema homosexual es algo más que las simples aventuras superficiales de encuentros, tragedias y amores de hombres homosexuales. En sí, encierran códigos y simbolismos que no se encuentran en otro tipo de literatura porque los personajes no son arquetipos convencionales, y su desarrollo, así como los espacios en donde se mueven, corresponden a perspectivas delimitadas por la misma temática. Para Mario Muñoz son “Un conjunto de obras que desde diferentes puntos de vista tratan la misma cuestión: el develamiento de la personalidad homosexual, su comportamiento social y la cultura relevante de este grupo.” (15).

El mismo Muñoz resume las características que les son propias a las novelas de este género:

La estructura de estas novelas y relatos rompe en ocasiones con la convención lineal del tiempo, el espacio y los géneros, para abordar la anécdota desde diferentes perspectivas, puntos de vista y enfoques narrativos. Estos procedimientos redundan en beneficio del dinamismo y la polivalencia de la narración, la cual se proyecta mediante un estilo directo, incisivo, visceral y con frecuencia hiperrealista especialmente en la descripción de los actos sexuales. (17)

Luis Mario Schneider abrevia las formas en que se ha abordado el tema homosexual en la novelística mexicana:

El diario de José Toledo es una novela poética; *41 o el muchacho que soñaba con fantasmas* contiene ensoñaciones que más que humanas se transforman en literarias; *Los inestables* recorre el tema del amor no único, sino consecutivo; *Después de todo* descubre los mecanismos del cinismo como única posibilidad de autoafirmación; *Cielo tormentoso* demuestra los tejesmanejes de la vida eclesiástica; *La máscara de cristal* es de contenido escatológico; *Mocambo* es una novela de suspenso; *El desconocido* introduce en la literatura de tema homosexual la vida de un fichero; *Hasta en las mejores familias* descubre las caóticas relaciones de la clase burguesa capitalina; *Omicrón* involucra una investigación internacional de escritos tanto de ficción como biográficos. (73)

Otro tema que transita en algunas de estas novelas es la violencia como resultado de una realidad sórdida. El cinismo y la comercialización de la carne son parte de un mundo corrompido y hasta siniestro. La homosexualidad también es vista a través de seminaristas afiebrados por el deseo de la carne del mismo sexo.

Con la participación cruel e inquisitoria de una sociedad que colabora de forma activa en la urdimbre de la fatalidad, observamos desde un calidoscopio vidas complejas que entretejen relaciones destinadas al fracaso. Los protagonistas en su gran mayoría son jóvenes inmersos en la angustiada soledad, obligados a inventar una vida de anonimato en los laberintos de una ciudad que los aprisiona en las sombras nocturnas de la clandestinidad. Prostitución, el andar de las calles, las carencias de afecto y una ciudad indiferente son elementos que conforman el vivir, o más bien el sobrevivir cotidiano de estos jóvenes homosexuales. Adonis García da cuenta de ello:

entonces por andar todo el tiempo en la calle terminé conociendo la ciudad como la palma de mi mano me iba al centro a ver los aparadores a dar vueltas por la alameda a ver la gente los vendedores ambulantes todo ¿no? o me metía a los cines en las mañanas me encantaba meterme en los cines vacíos con todas las luces encendidas y un olor a creolina que a mí me gustaba mucho. (Zapata, 25)

Los escritores mexicanos que han tratado el tema homosexual son, entre otros, Miguel Barbachano Ponce (*El diario de José Toledo*, 1964), Paolo Po (*41 o el muchacho que soñaba con fantasmas*, 1964), Alberto X. Teruel (*Los inestables*, 1968), José Ceballos Maldonado (*Después de todo*, 1969), Carlos Valdemar (*Cielo tormentoso*, 1972), Genaro Solís (*La máscara de cristal*, 1973), Alberto Dallal (*Mocambo*, 1976), Raúl Rodríguez Cetina (*El desconocido*, 1977), Jorge Arturo Ojeda (*Octavio*, 1982, *Piedra caliente*, 1995), Luis Zapata (*El vampiro de la colonia Roma*, 1979, *Melodrama*, 1983, *En jirones*, 1985, *La hermana secreta de Angélica María*, 1989, *¿Por qué mejor no nos vamos?*, 1992), Carlos Eduardo Turón (*Sobre esta piedra*, 1982), José Rafael Calva (*Utopía gay*, 1983), José Joaquín Blanco (*Las púberes canéforas*, 1983), Alberto Castillo (*Letargo de Bahía*, 1992), Gerardo Guiza Lemus (*Quizás no entendí*, 1997), Hugo Villalobos (*Jacinto de Jesús*, 2001), Fernando Zamora (*Por debajo del agua*, 2002), Luis González de Alba (*Agapi Mu*, 2004), Manuel Levinsky (*El clóset y el sillón*, 2004).

Como decíamos al principio, la novela homosexual contiene una amplitud de registros de una forma de vida que sólo es posible dentro de este marco y que se ha servido de la ciudad para representar una idea totalizadora de una realidad en que cuerpo y urbe mutuamente se habitan, se fusionan. Son autores y cómplices de una escritura simultánea y única. Cuerpo y ciudad se fusionan, se alimentan, se dan vida. Con la muerte, el cuerpo también entierra a su ciudad, y una ciudad muere cada vez que un cuerpo es sepultado.

BIBLIOGRAFÍA

BARBACHANO PONCE, Miguel.

1964 *El diario de José Toledo*. México, Premiá, La red de Jonás.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín.

1984 *El periquillo sarniento*. México, Porrúa.

MONSIVÁIS, Carlos.

2002 “Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del ghetto”, *Debate feminista* 26.

MUÑOZ, Mario.

1996 “Prólogo”, en *De amores marginales*. Xalapa, Universidad Veracruzana.

PELLICER, Carlos.

1941 *Recinto y otras imágenes*. México, FCE.

SCHNEIDER, Luis Mario.

1997 *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México, Nueva Imagen.

ZAPATA, Luis.

1979 *Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García, el vampiro de la colonia Roma*. México, Grijalbo.